

HISTORIA, ANTROPOLOGÍA E IMPERIO ESPAÑOL EN EL MUSEO DE AMÉRICA (1940-1965)*

DÉBORA BETRISEY NADALI**

dbetrisey@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid, España

RESUMEN El quehacer profesional y científico en torno a la “Historia de España en América” durante la dictadura franquista se realiza bajo el olvido de la existencia de un pasado colonial, entendido como un proceso de dominación que determinó, entre otros, la apropiación efectiva de la cultura material de las “excolonias” del continente americano y su posterior conservación y exposición en los principales museos del país. El artículo analiza cómo el Museo de América (1941) cristalizó un sentido de pertenencia común entre Latinoamérica y España, con el que dialogarán durante mucho tiempo los historiadores y antropólogos, suministrando las pruebas concretas de su existencia a través de la exhibición de objetos materiales provenientes de lo que se considera una “mezcla armoniosa” entre “nativos” y “españoles”, soslayando la dimensión conflictiva de las relaciones interétnicas establecidas.

PALABRAS CLAVE:

Museo de América, imperio, historia cultural, antropología, mestizaje.

DOI: <http://dx.doi.org/10.7440/antipoda22.2015.05>

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación enmarcado dentro del Grupo de Investigación de la Universidad Complutense de Madrid “Simetrías generalizadas: innovaciones metodológicas para el análisis de las dinámicas socioculturales” (Ref. 962092).

** Doctora en Antropología Social y Cultural por la Universidad de Sevilla (España). Entre sus publicaciones recientes están: 2014. *Antropologías contemporáneas: saberes, ejercicios y reflexiones*. Editorial Miño y Dávila (con Silvina Merenson), Buenos Aires, Miño y Dávila, Poder, políticas e inmigración en América Latina. Barcelona, Ediciones Bellaterra. (en prensa) *Migration and Trafficking in Persons for Labor Exploitation in Textile Workshops of the City of Buenos Aires – Argentina. Latin American Perspective*. 2012. Immigration, politics and popular protest against labor exploitation in Buenos Aires. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 17 (2), pp. 279-298. Y, 2012. Políticas de reclutamiento de trabajadores en España: la construcción social de emigrantes “patriotas” e inmigrantes responsables”. *Revista AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana* 7 (1), pp. 65-98.

HISTORY, ANTHROPOLOGY AND SPANISH EMPIRE IN THE MUSEUM OF AMERICA (1940-1965)

ABSTRACT Professional and scientific activity regarding the “History of Spain in America” during the Franco dictatorship were both carried out in oblivion of the existence of a colonial past understood as a process of domination that determined the effective appropriation of the material culture of former Spanish colonies in the Americas and their subsequent preservation and exhibition in the mother country’s most important museums. This article analyzes how the Museum of America (1941) crystalized a sense of mutual belonging between Latin America and Spain, with which historians and anthropologists would dialogue for a long time, providing concrete evidence of its existence through the exhibition of material objects originating in a supposedly “harmonious mixture” of “natives” and “Spaniards,” but which ignores the conflictive dimension of the inter-ethnic relations established between them.

KEY WORDS:

Museum of America, empire, cultural history, anthropology, racial mixing.

HISTÓRIA, ANTROPOLOGIA E IMPÉRIO ESPANHOL NO MUSEU DA AMÉRICA (1940-1965)

RESUMO O trabalho profissional e científicos em torno da “História da Espanha na América” durante a ditadura franquista realiza-se sob o esquecimento da existência de um passado colonial, entendido como um processo de dominação que determinou, entre outros, a apropriação efetiva da cultura material das “ex-colônias” do continente americano e sua posterior conservação e exposição nos principais museus do país. O artigo analisa como o Museu da América (1941) cristalizou um sentimento de pertencimento comum entre a América Latina e a Espanha, com o qual dialogarão durante muito tempo os historiadores e os antropólogos, fornecendo as provas concretas de sua existência através da exibição de objetos materiais provenientes do que se considera uma “mistura harmoniosa” entre “nativos” e “espanhóis”, atravessando a dimensão conflitiva das relações interétnicas estabelecidas.

PALAVRAS-CHAVE:

Museu da América, império, história cultural, antropologia, mestiçagem.

HISTORIA, ANTROPOLOGÍA E IMPERIO ESPAÑOL EN EL MUSEO DE AMÉRICA (1940-1965)

DÉBORA BETRISEY NADALI

E L VÍNCULO DE INTERESES que se instaure entre el poder político franquista y el intelectual (historiadores, arqueólogos, antropólogos) durante el comienzo de la dictadura en los años cuarenta, lejos de negar el papel del conocimiento científico de las humanidades, generó uno de los modos mejor articulados de uso ideológico del saber académico (Pallol Trigueros, 2014). En este contexto, la producción de conocimiento sobre América desarrollada por historiadores, arqueólogos y antropólogos¹ se moldea bajo el paradigma ideológico conservador de la Hispanidad, surgido en el siglo XIX, que aspira a establecer lazos culturales y espirituales entre los denominados “pueblos hispanoamericanos”. Esto lleva a un interés por la influencia cultural y espiritual de España en América, donde el llamado proceso de conquista y colonización, en vez de presentarse como un fenómeno de invasión militar y dominación de los pueblos indígenas con su correspondiente resistencia activa, es reinterpretado como un lugar de encuentro armonioso en el que se anula la dimensión conflictiva de las relaciones interétnicas entre nativos y españoles.

En este trabajo nos interesa analizar cómo el Museo de América, creado en 1941 a través de un decreto del Ministerio de Educación franquista, cristalizó y legitimó desde sus orígenes ese sentido de pertenencia común entre Latinoamérica y España con el que dialogarán durante mucho tiempo historiadores, antropólogos, Gobierno y sociedad española, tratando de suministrar pruebas concretas de su existencia a través de la exhibición de los objetos materiales provenientes de una supuesta mezcla armoniosa entre las culturas nativas y lo español.

¹ La antropología en España durante los años cuarenta no puede entenderse sin la estrecha vinculación que se establece con disciplinas como las ciencias biológicas, la prehistoria, la arqueología y la historia. De esta forma, la antropología se relaciona con una consolidada antropología física que se pondrá “al servicio del Estado” con el fin de establecer un “mejoramiento de la raza española” y con un incipiente estudio etnológico del “pueblo español” (Sánchez Gómez, 1992). También se relaciona con la arqueología y el interés por la prehistoria, la llamada etapa prehispánica, y el estudio y exposición en los museos de objetos materiales provenientes de los denominados nativos de las antiguas colonias (América Latina, Filipinas, Marruecos).

Partiendo de un análisis contextual de producción de conocimiento, en la primera parte se presentan, de un modo somero, algunas de las instituciones acreditadas socialmente para la producción de conocimiento sobre la historia de América. En dichas instituciones, sus modos de hacer historia nos ofrecen un relato plausible para un proyecto de nación reconocido por los grupos de poder y la sociedad española, en el que se reivindican el catolicismo, los Reyes Católicos y la Hispanidad (Castillejo Cambra, 2014). En este marco, se presta atención a la creación del Museo de América en 1941 como parte de la política cultural franquista, y en especial, a uno de sus principales colaboradores, el historiador Manuel Ballesteros-Gaibrois, afín al régimen político, formado en arqueología, etnología y museos en España, Alemania y Francia. Los escritos de Ballesteros-Gaibrois sobre el Museo de América, pensados para sugerir ideas y conceptos en calidad de experto, demuestran un interés por otorgarle un perfil científico a partir de la aparición de lenguajes, métodos y técnicas provenientes de la historia, la arqueología y la antropología, en pleno proceso de legitimación de la Historia de América como disciplina académica en la universidad española. En la segunda parte se analiza cómo las propuestas del mencionado historiador, centradas en hacer de dicho museo un lugar para el estudio y la investigación de las culturas nativas de América, entran en contradicción con las primeras formas de organización expositiva realizadas por funcionarios pertenecientes al cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. A través de la organización de las colecciones, dichos funcionarios muestran interés por proteger y exponer los tesoros del llamado Imperio español para “aliento de los españoles”, adhiriéndose a conceptos provenientes de la antropología física y cultural española de la época (mezcla de sangre, mestizaje)².

Nuestro principal material de análisis son las guías y actas del Patronato del Museo de América, los Boletines Oficiales del Estado, los artículos de prensa, las publicaciones científicas sobre el Museo de América, y aquellas otras publicaciones referidas a la historia de España en América producidas durante los primeros años de la dictadura franquista. A través de este material hemos podido destacar los tópicos reiterados desde donde hablan historiadores, políticos y funcionarios del museo, los conceptos teóricos empleados y las conexiones históricas realizadas e ignoradas, que sirven para reclamar

2 Agustín Torreblanca (2008: 2), al analizar la historia del cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos durante la primera etapa del franquismo, remarca cómo, en términos generales, el mismo se identifica con “el ideal cultural del primer franquismo, mezcla de falangismo, tradicionalismo y catolicismo ultramontano, reaccionario a todo influjo cultural exterior. El Cuerpo será el custodio del patrimonio cultural identitario del nuevo Estado”.

cierta pretensión de universalidad a sus discursos y prácticas, en la medida en que sugieren un estado correcto de las cosas y una considerable habilidad para esconder la particularidad de su origen (Trouillot, 2003).

EL MUSEO DE AMÉRICA: ENTRE EL IMPERIO Y LA CIENCIA

A comienzos de la dictadura franquista³, en un momento en el que gran parte de la sociedad española tiene poco que festejar, la manifestación y la proyección de la “identidad hispana” poseen un importante valor terapéutico. La misma se basa en planteamientos de carácter nacional-católico que se plasman en la obra de Ramiro de Maeztu *Defensa de la Hispanidad* (1934), en la que se acentúa la afinidad religiosa y cultural de la “comunidad hispanoamericana” y se destaca el papel de España como guía espiritual de dicha comunidad bajo el “Imperio de la Fe”. Esta visión se integra fácilmente en la idea de nación de los grupos de poder (conservadores, fascistas, jerarquía eclesiástica española) que lucharon durante la Guerra Civil en el bando nacionalista (Del Arenal, 1994). Dicha idea fue utilizada para reconciliar a los españoles con su nacionalidad y para justificar las acciones políticas, sociales y económicas establecidas por la dictadura. Este discurso identitario proporciona al gobierno de Franco una herramienta importante para compensar los efectos de la hostilidad que le profesa la comunidad internacional durante los primeros años de su mandato. De este modo, apelando a los valores más conservadores de la Hispanidad, se pone en marcha una serie de estrategias políticas y culturales destinadas a facilitar la vinculación histórica con los “países hispanoamericanos” con el objeto de buscar aliados que ayuden a revertir el aislamiento de las Naciones Unidas, así como las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos sobre los países latinoamericanos (Delgado Gómez-Escalonilla, 1988).

En el ámbito interno, el gobierno franquista transfiere al Ministerio de Educación Nacional la responsabilidad de crear un ideario en torno a la Hispanidad. Para ello, dicho ministerio creó el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo (en 1941) y la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla (en 1942), pertenecientes al recién estrenado Consejo Superior de Investigaciones Científicas (en 1939). Estos institutos, centrados en la producción de un saber académico, se convierten en lugares socialmente reconocidos por el régimen político para disciplinar el discurso existente sobre la historia de España en América. En general,

3 Para un acercamiento a los estudios sobre la dictadura franquista, ver Javier Tusell (1998), Enrique Moradiellos (2000) y Julián Casanova (2015).

los historiadores que logran formar parte de estos recién creados institutos se transforman en activos colaboradores del poder político, ya sea por miedo a la depuración⁴ y la expulsión, o por convicción. Los mismos se convierten en un engranaje fundamental del proceso político franquista, el cual necesitó en el plano simbólico establecer la existencia de un sentido de pertenencia común con los “pueblos hispanoamericanos” apoyándose en la épica histórica triunfalista de los siglos XV y XVI: la vitalidad cristiana y la evangelización, la voluntad imperial, etcétera (Baldó Lacomba, 2008). Esto permite reubicar a España como una gran potencia en la Historia Universal y reforzar su papel como transmisora de los valores espirituales y culturales del imperio en sus llamados momentos gloriosos: el Descubrimiento, la Conquista, la colonización, el reinado de los Reyes Católicos, etcétera (Pasamar y Peiró, 1981). El oficio del historiador dedicado al estudio de América quedó envuelto en una fuerte euforia nacionalista vinculada al proyecto político de la Hispanidad, tal como se refleja en el primer número de la *Revista de Indias*⁵ a través del escrito de Antonio Ballesteros-Beretta⁶ (1940), director del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo⁷, quien hace un llamamiento a los historiadores para cumplir con la misión de salvaguardar los valores de la Hispanidad frente a versiones denominadas antipatrióticas o enemigas de la historia de España⁸:

En estos momentos convulsivos en que se agita el mundo, cuando elementos de disolución quisieran arruinar la obra del pasado, las entidades históricas, firmes, nobles y enteras, han de sostener la responsabilidad que sobre ellas gravita, para salvar lo que representa valor en la vida del espíritu. Y uno de estos grandes valores fue y es la Hispanidad.

- 4 La depuración fue una práctica aplicada con contundencia durante el régimen franquista a todos aquellos docentes de diversos niveles educativos que se consideraban colaboradores de la II República. El objetivo del gobierno franquista era separarlos de sus puestos de trabajo, bajo prácticas de extrema arbitrariedad y humillación.
- 5 La *Revista de Indias* surge en 1940 y es editada por el Instituto Fernández de Oviedo. Fue dirigida por Antonio Ballesteros-Beretta y ofició de secretario su hijo Manuel Ballesteros-Gaibrois (Pasamar y Peiró, 2002).
- 6 Antonio Ballesteros-Beretta nació en Roma en 1880, hijo de un diplomático español y una aristócrata italiana. Se formó en Derecho e Historia. Fue profesor de los hijos de Alfonso XIII, y durante la Guerra Civil, tras refugiarse en la embajada de México, se unió al bando nacional, encabezando la expedición de maestros a la Italia fascista que organizó el Ministerio de Educación Nacional en 1938 (Pasamar y Peiró, 2002).
- 7 Antonio Ballesteros-Beretta fue nombrado por el ministro de Educación José Ibáñez Martín como director del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo (CSIC) desde 1940 hasta 1949, y también director honorífico de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla (1942-1946), donde tuteló la gestión directiva de Vicente Rodríguez Casado (Cañellas Mas, 2013).
- 8 Las denominadas versiones antipatrióticas de la historia de España, desde el punto de vista de los historiadores adeptos al régimen, son producto de los discursos históricos sobre Hispanoamérica generados por los historiadores en el exilio. Dichos discursos, si bien no dejaban de hacer referencia a la esencia de lo español o los valores comunes que se establecen con los países latinoamericanos, rechazan el uso político del concepto de Hispanidad que realiza el gobierno de Franco (Cubas *et al.*, 1994).

El imperio político de España en el Nuevo Mundo, cuyo ciclo completo quedó cerrado con la emancipación de los países americanos, no significó sólo un dominio material. Aquel fenómeno fue mucho más que el poderío de un Imperio. Fue la formación de una robusta entidad histórica: la Hispanidad.

En la Hispanidad existe la unidad esencial de creencias, de idioma y de costumbres. España en Europa e Hispano-América en el Nuevo Mundo son un conjunto positivo, un núcleo histórico de cultura y civilización, una realidad incontrovertible, quiéranlo o no los interesados en las dispersiones, la disgregación y el aniquilamiento. (Ballesteros-Beretta 1940: 6)

El proceso que acarrea la conexión de los argumentos de algunos de estos historiadores con las agencias estatales franquistas en defensa de la Hispanidad contribuye, al mismo tiempo, a la institucionalización y el reconocimiento de los denominados estudios sobre América y, posteriormente, a la antropología de América, como conocimiento especializado en el campo universitario⁹.

Manuel Ballesteros-Gaibrois: un historiador experto en museos

En términos generales, los historiadores dedicados a producir conocimiento sobre la llamada obra de España en América son los promotores de un saber académico primordial para el Estado que facilita el repertorio cultural adecuado con el que españoles y latinoamericanos, futuros visitantes del Museo de América, puedan reconocerse como parte integral de la “comunidad hispanoamericana”. En esta tarea se embarca el historiador Manuel Ballesteros-Gaibrois, hijo del mencionado Antonio Ballesteros-Beretta, quien por ese entonces se encontraba encaminado a lograr la sucesión académica dentro del americanismo español madrileño liderado por su padre durante el franquismo¹⁰. Manuel Ballesteros-Gaibrois propone una serie de lineamientos museísticos,

9 Una de las primeras medidas del gobierno dictatorial consiste en la reestructuración de los planes de estudio para incorporar la asignatura de Historia de América en la Sección de Historia de las Facultades de Filosofía y Letras (BOE, 1941b). A partir de la Ley de Ordenación Universitaria de 1944 (BOE, 1944), se crea la Sección de Historia de América en la Facultad de Filosofía y Letras de las universidades de Madrid y Sevilla, y se publica una convocatoria de plazas para ocupar las nuevas cátedras¹⁰. En dicha sección se imparten, además de Historia de España, Historia Universal y Paleografía, asignaturas como América Prehispánica, Arte Hispanoamericano, Historia de los Descubrimientos Geográficos, Literatura Hispanoamericana, Historia Contemporánea de América, etcétera. También comienzan a expandirse los seminarios docentes y de investigación, por los que transitan especialistas nacionales y extranjeros, como el Seminario Juan Bautista Muñoz, en la Universidad de Valencia, vinculado a la Cátedra de Historia de América del Doctorado de Historia que imparte Ballesteros-Beretta. Otros ejemplos son el Seminario de Problemas Contemporáneos, de la Universidad Internacional de Santander, y los ciclos de conferencias en la Universidad de Verano de Santa María de la Rábida (Huelva), dependiente de la Universidad de Sevilla.

10 Manuel Ballesteros-Gaibrois, siendo catedrático desde 1949 en Historia de la América Prehispánica y Arqueología Americana en la Universidad Central de Madrid (Pasamar y Peiró, 2002), se convierte en dicha universidad en el principal impulsor del área de conocimiento llamada Antropología de América.

publicitados en medios de difusión científica¹¹, en relación con la selección y organización de los objetos materiales que formarían parte del Museo de América, buscando articular “cultura” y “pasado”.

Para la elaboración de esta propuesta convergen varios afluentes en la trayectoria social e intelectual de Manuel Ballesteros-Gaibrois. Por una parte, su posición social y su filiación lo acercan al mundo académico, y sigue las sendas de sus padres, ambos historiadores de prestigio¹². Por otra parte, el contexto académico en el que se formó contribuyó a su interés científico por los museos. En primer lugar, fue becado en 1931 por la Junta Facultativa de Archivos, Bibliotecas y Museos para estudiar en París y Berlín la organización de los museos etnológicos (Pasamar y Peiró, 2002). En segundo lugar, resultan relevantes sus estudios en Arqueología y Antropología Americanas, en la Cátedra Cartagena de la Academia de Historia, creada en 1933 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid e impartida por el profesor Hermman Trimborn, bajo el nombre de Arqueología Precolombina y Etnografía de América. En ella se estudia:

etnografía de los pueblos primitivos en la América del Norte y Sur, los círculos culturales de América, el idioma maya, y ejercicios sobre arqueología peruana desarrollados en el Museo Arqueológico. (Facultad de Filosofía y Letras, 1935: 54)

Todo esto introduce a Ballesteros-Gaibrois en los fundamentos básicos de la antropología americanista y difusionista alemana de la época, así como en el trabajo en archivos y conservación de los museos. También se hace presente en su formación el aparato burocrático de la Junta de Ampliación de Estudios de la Segunda República, que lo beca para realizar estudios de Etnología Americana y Culturas Primitivas de Alemania. Ballesteros-Gaibrois se doctoró en la Universidad de Berlín en 1935 con la tesis *Los sacrificios humanos aztecas según Fr. Bernandino de Sahagún*, bajo la dirección de Walter Lehmann, y presentada por el reconocido americanista alemán K. Th. Preuss (Alcina Franch, 1994).

El interés de Ballesteros-Gaibrois por los museos queda plasmado en un escrito que lleva por nombre *El Museo etnográfico del Trocadero* (1936). En él destaca la labor de su director, Paul Rivet, y el subdirector, George Henry Riviére, y su capacidad de hacer del museo un “organismo vivo que se

11 La propuesta de Manuel Ballesteros-Gaibrois en torno al Museo de América aparece publicada por el Patronato del Museo en 1941, bajo el título *Museología Española*, y simultáneamente, en el número 5 de la *Revista de Indias* del Instituto Fernández de Oviedo, dos meses después de la creación de dicho museo por decreto ministerial, el 19 de abril de 1941.

12 La madre de Manuel Ballesteros Gaibrois, Mercedes Gaibrois y Riaño, era historiadora especializada en el estudio de personajes de los siglos XIII y XIV. Si bien no tuvo una carrera académica ni trabajos profesionales, participó junto a su marido, Antonio Ballesteros-Beretta, en el trabajo de archivos y bibliotecas nacionales e internacionales y dirigió varias comisiones en congresos de Historia en la década del cincuenta (Pasamar y Peiró, 2002).

mueve” a través de múltiples prácticas museográficas, científicas y pedagógicas. Le resulta sumamente llamativa la distribución de las salas del Museo del Trocadero, donde aparece en primer lugar una destinada a los grupos étnicos, otra para objetos etnográficos según su uso, y una para la música, con aparatos para escuchar “melodías primitivas”. El intento por evocar la cultura de cada grupo que se exponía en el Museo del Trocadero lo lleva a interesarse por las técnicas museísticas que hacen uso de tabletas con bibliografía en la entrada de las salas, de fotografías y guías de los museos (Ballesteros-Gaibrois, 1936). Resalta especialmente la importancia de los recursos fotográficos, ya que, según el autor (Ballesteros-Gaibrois 1936: 9), permitirían desplazar la utilización de maniqués para la “exhibición de los rasgos físicos y culturales de los pueblos”, práctica habitual en los museos norteamericanos y europeos, y a su vez, reemplazar la exhibición de “primitivos” vivos para fines científicos.

La importancia de los museos como lugar de trabajo de etnólogos y arqueólogos, en pleno auge del difusionismo en Francia, se pone de manifiesto en la descripción detallada que hace Ballesteros-Gaibrois sobre los espacios que destina el Museo del Trocadero al trabajo académico-científico. En este sentido, de gran interés le resultan la Fonoteca y la Biblioteca del Museo, la cual contiene obras especializadas clasificadas por materias, abiertas de manera excepcional a los que realizan estudios etnográficos.

Todos estos aspectos convierten al Museo del Trocadero de París, según Ballesteros-Gaibrois (1936: 10), en una cruzada por la cultura. Cinco años más tarde, dichos aspectos le sirven de guía para establecer su propuesta organizativa del Museo de América, publicada el 1 de julio de 1941 en la *Revista de Indias*. La transformación del Museo de América en una cruzada por la cultura, liderada por historiadores, arqueólogos y etnógrafos, requiere una reafirmación del proceso de fusión establecido entre la ciencia y los intereses patrióticos del gobierno franquista pero, en este caso, sin perder cierto atisbo de autonomía y distanciamiento mediante la aparición de todo un lenguaje académico marcado por la neutralidad, la distancia, la científicidad, etcétera.

En un contexto donde las lealtades políticas tienden a proyectarse en el campo académico, Ballesteros-Gaibrois enfatiza en su propuesta la creación del Museo de América como producto de la buena voluntad del gobierno franquista, pero también recuerda que debe ser un espacio que proporcione las bases para un conocimiento de América, dando cabida a la arqueología, a la historia y a la etnología. En estos términos, la configuración de dicho museo se perfila de acuerdo con los principales lineamientos de los museos antropológicos y

etnográficos europeos de la época, los cuales eran concebidos como laboratorios que servían para estimular la investigación y teorización de antropólogos, arqueólogos e historiadores.

En este sentido, una de sus primeras propuestas en torno a la organización del Museo de América consiste en reagrupar “los fondos de América” desperdigados por diversos centros institucionales españoles. En este contexto, se verá lícito hacerse con los objetos encerrados durante la Guerra Civil en la Sección Americana del Museo Arqueológico Nacional de Madrid y en el Museo Etnológico Nacional. En cuanto a su procedencia, dichos fondos son el resultado de regalos de gobiernos latinoamericanos a finales del siglo XIX, donaciones de sectores de las clases privilegiadas que cultivaban el gusto por el coleccionismo, etcétera, los cuales fueron de gran interés para la mayoría de científicos en los años anteriores a la dictadura¹³.

En relación con ellos, Ballesteros-Gaibrois remarca el valor de todos los objetos que posee el Museo Arqueológico Nacional por su antigüedad, pero subraya la falta de trabajo científico proveniente de la excavación directa, el informe del lugar o las características del yacimiento. En este sentido, establece la necesidad de incrementar los fondos del Museo de América con nuevas adquisiciones conseguidas bajo prácticas científicas, para fines expositivos y de investigación. Para ello propone la organización de “misiones científicas” a “tierras americanas”, cuyo éxito podía estar garantizado al ser presentadas como una acción patriótica:

España no cuenta todavía con enseñanzas universitarias organizadas que se orienten en el sentido del americanismo de un modo global, ni las instituciones de investigación se hallan todavía en condiciones de dar sus frutos en el sentido de procurar especialistas que puedan ayudar al incremento del Museo con exploraciones sistemáticas en las tierras americanas. Puede, sin embargo, aprovecharse la experiencia de excavadores de los múltiples arqueólogos españoles —ya que los sistemas son comunes a toda exploración arqueológica—, como ya ha acontecido en algún caso aislado y meritorio, y tomarse, *además, la iniciativa de organizar empresas en América y en el mundo hispánico contando con la colaboración de los elementos locales, que a fuer de españoles de Ultramar: serán un galardón para la vieja Metrópoli y su colaboración una prueba más de la comunidad española a ambos lados de las aguas, por encima de las fronteras.* (Ballesteros-Gaibrois, 1941a: 77. *Cursivas propias*)

13 Entre ellas, merece especial atención la colección sobre el arte Inca del archivero-bibliotecario, arqueólogo y poeta Juan Larrea, expuesta en el Museo etnográfico del Trocadero en 1932, y en 1935 en la Biblioteca Nacional de Madrid, y también en Sevilla, en el XXVI Congreso Internacional de Americanistas (Alcina Franch, 1994). Con el estallido de la Guerra Civil, Larrea dona en 1937 su colección al “pueblo republicano español”, con el objeto de crear el primer proyecto relacionado con la planificación de un Museo sobre América (Vélez Jiménez, 2007). Dicha colección fue requisada, con posterioridad, por el gobierno franquista.

Si bien éste es uno de los ejemplos de fusión de objetivos e intereses entre el campo político y académico, el autor establece un intento por salvaguardar la autonomía del futuro museo, manifestando su deseo de hacer del mismo algo más que un “almacén de trofeos gloriosos” al estilo de los “museos histórico-militares”, para convertirlo en un espacio donde las prácticas propias de la historia, la antropología y la arqueología monopolicen la gestión y explicación de los objetos materiales. Por lo tanto, propone llevar a cabo una organización de los fondos mediante un riguroso espíritu científico, bajo la influencia de las tendencias académicas provenientes de la antropología de la época. Si bien desde finales del siglo XIX y principios del XX el paradigma evolucionista y el particularismo histórico norteamericano marcan los principales lineamientos para entender la cultura material de los llamados “pueblos primitivos”, así como su forma de exponerla en los principales museos antropológicos en Estados Unidos y Europa, Ballesteros-Gaibrois (1941a) sugiere una serie de criterios expositivos asociados a los planteamientos teóricos del difusionismo alemán, advirtiendo de las controversias generadas por la organización en “materias” desde una perspectiva evolucionista sin atender a las diferencias de lugar y tiempo. En este sentido, considera que, por encima de “diversos grados culturales del hombre americano” o “de la historia colonial”, es necesario tener en cuenta un criterio de “orden geográfico” destacando “tipos culturales”, con el objeto de mostrar analogías morfológicas y la relación entre distintos pueblos. En este caso, los grandes tipos culturales se vinculan a las “grandes civilizaciones” Inca, Maya y Azteca.

Por otra parte, el interés de un museo al servicio del público lo lleva a recomendar la necesidad de exponer “las mejores piezas o las más raras” en vitrinas rectangulares acompañadas de una buena descripción etnográfica, con maquetas de los lugares de procedencia, así como de mapas de las regiones acompañados de una descripción histórico-cultural, fotografías, música americana antigua y moderna, films etnográficos, etcétera, y, de este modo, potenciar la labor pedagógica que debía tener todo museo etnográfico. Esto debía compaginarse con la creación de espacios para la ciencia mediante instalaciones y secciones aptas para el estudio y la investigación científicos (Sala de Trabajo, Biblioteca), con el propósito de convertir el Museo de América en algo más que un espacio protector de objetos. Estas instalaciones no debían confundirse con las salas de funcionarios pertenecientes al Cuerpo de Archivos, Biblioteca y Museo, que debían trabajar como catalogadores, reparadores y exhibidores de materiales, estableciendo una clara distinción entre el trabajo de investigación del científico con los objetos del museo, y el del funcionario, que, fundamentalmente, debería ponerse al servicio del público y de los especialistas. Ello supone la existencia y diferenciación dentro del museo entre los productores de

conocimiento reconocidos legítimamente y sus diferentes espacios de consagración (salas de trabajo, bibliotecas) y el grupo de los funcionarios, a los que podríamos denominar intermediarios, cuya función es el tratamiento y exposición de las piezas del museo y la vinculación con el público.

EL MUSEO DE AMÉRICA: UN LUGAR DE ALIENTO PARA LOS ESPAÑOLES

El interés de Ballesteros-Gaibrois por convertir el Museo de América en un laboratorio asociado a la legitimación del campo de la historia y la antropología de América, se vio truncado por la creación de un espacio destinado exclusivamente a proteger las antigüedades artísticas del “mundo prehispánico” y exaltar el “arte colonial” y la “obra misional de los españoles en América”, a partir de la selección de una serie de objetos que fueron expuestos siguiendo los argumentos históricos que estructuran los discursos hegemónicos institucionalizados por el gobierno franquista.

El 15 de julio de 1941, un mes después de la publicación de Ballesteros-Gaibrois sobre el Museo de América entendido como espacio al servicio del público y la ciencia, se constituye el Patronato del Museo, encargado, según el decreto ministerial, de establecer las principales directrices organizativas y culturales para su funcionamiento. El mismo contiene una importante representación política y militar, y es presidido por el ministro de Educación Nacional de la dictadura franquista, José Ibáñez Martín, en calidad de presidente del Patronato, que perdurará hasta finales de la década de los setenta. Por otra parte, el Ministro de Educación Nacional seleccionó otros seis vocales que aportaron un perfil académico heterogéneo. Entre ellos se encuentra José María Pérez de Barradas, antropólogo, arqueólogo, director del Museo del Pueblo Español (1939) y director del Instituto Bernardino de Sahagún de Antropología y Arqueología (1941) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas¹⁴; el mencionado historiador Ballesteros-Gaibrois; José Ferrandis Torres, historiador especializado en arte suntuario; Fernando Jiménez Placer, proveniente de historia del arte español; Diego Angulo Iníiguez, especialista en arte hispanoamericano, y el arquitecto Fernando Capurro.

El Comité Ejecutivo, nombrado en la primera reunión del Patronato, es el encargado de cumplir las normas establecidas por el Patronato y desarrollar iniciativas propias que “no contradigan las normas y directrices marcadas por

14 La antropología desarrollada por Pérez de Barradas, catedrático de Antropología en la Facultad de Ciencias (1941), se relaciona con la antropología física. En cuanto al museo que dirige este antropólogo físico, se encuentra anexo al Instituto Bernardino de Sahagún, que, al igual que el Museo de América, se verá abocado al fortalecimiento de la identidad nacional y divulgación de la labor del Imperio español a través de la exposición de los objetos de las excolonias, procedentes de Filipinas y América (Sánchez Gómez, 2008).

aquel y siempre con la aprobación definitiva del Ministro de Educación Nacional” (BOE, 1941a: 3035). Dicho Comité estaba constituido por el mencionado Ministro de Educación, el Director General de Bellas Artes, el Director General de Archivos y Bibliotecas, el Director del Museo Arqueológico y el Vocal del Consejo de la Hispanidad, y tres de los vocales: Diego Angulo, José María Pérez de Barradas y Fernando Jiménez Placer.

La Dirección y subdirección del Museo¹⁵ tienen entre sus competencias ejecutar las políticas diseñadas para el museo, y desde el comienzo son las encargadas de comunicar los “gloriosos valores” de la España imperial y misionera. De esta forma, los objetivos de los funcionarios del museo y el sector político se transfiguran en uno solo, a efectos de poner un gran empeño en cumplir uno de los puntos fundamentales que aparece en el Decreto fundacional:

El Museo de América debe servir de aliento a los españoles en cada instante, con el testimonio de tantos hechos extraordinarios y de dar justa satisfacción a los pueblos americanos, estudiando y valorando sus culturas. (BOE, 1941a: 3035. Cursivas propias)

El Museo de América se inauguró provisionalmente en las salas del Museo Nacional de Arqueología, en 1944, y permaneció allí hasta la finalización de las obras del edificio ubicado en el Campus de Moncloa, en 1965 (Diéguez Patao, 1992)¹⁶. Durante el proceso de inauguración, políticos y funcionarios expusieron públicamente un sentimiento protector sobre los objetos materiales provenientes de América, para justificar su preservación en el Museo de América. En este sentido, el diario conservador *ABC* destacó los siguientes fragmentos del discurso del ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, en relación con el primer acto conmemorativo:

Se pone al alcance de todos este tesoro de la Historia de América Latina, guardado con toda emoción en el corazón de España. Con ello se hace más evidente la presencia de América en la nación española, estrechando los lazos de unión, que siempre existieron pero que hoy evidencian una comprensión y una hermandad entre las naciones que componen la Hispanidad. (*ABC*, 1944: 11)

Por su parte, en ese mismo acto, la directora del museo, Pilar Fernández Vega, ensalzó en su discurso inaugural los sentimientos del Ministro de

15 La Dirección estaba a cargo de Pilar Fernández Vega, y la subdirección, de José Tudela, ambos funcionarios pertenecen al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, especialistas en colecciones americanas.

16 La falta de inversión económica estatal fue la causa que provocó la demora en la realización de las obras del museo y su posterior traslado al edificio ubicado en el campus de Moncloa.

Educación y del dictador Francisco Franco hacia Hispanoamérica, destacando una profunda nostalgia emotiva por las culturas del otro lado del Atlántico como motor de la iniciativa museística. Este discurso se reprodujo en la primera guía del museo, de 1944:

A su iniciativa, fervorosamente puesta en práctica por el Ministerio de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín –inteligencia y corazón puestos, en este caso, al servicio de la viva y profunda devoción hacia Hispanoamérica–, se debe la realidad de este Museo.

Dios quiera que éste sea comprendido como exponente de una política por la que el Estado español revive –bajo el signo de Franco– su tradicional fervor, su comprensión y su cariño hacia los pueblos del otro lado del Atlántico. (Fernández Vega, 1944: 9-10)

Los encargados de organizar la primera exposición del Museo de América pretenden convertirlo, fundamentalmente, en un espacio con un importante atractivo popular para la sociedad española, y para ello, el mejor modelo por imitar son las ferias y exposiciones internacionales de finales del siglo XIX, en las que se combina la exposición de los logros industriales y la modernidad de la metrópolis, así como la exposición de los “otros” pertenecientes a las colonias (Vugman, 2000). En el caso del museo, se centran en la exposición de materiales provenientes del pasado prehispánico, destacando el arte de las denominadas altas culturas: Maya, Azteca e Inca. En diversos medios de difusión científica y en la guía del museo se deja constancia de la fascinación artística que producen algunas de las piezas de las culturas Maya, Azteca e Inca expuestas en el museo, las cuales son consideradas como obras dignas de compararse con las realizadas por los “antiguos egipcios” (Crónicas del Mundo Hispano, 1944: 561). Todo ello propicia la creación de una imagen regenerada de los denominados pueblos prehispánicos, que los acerca más a los pioneros representantes de la “civilización” que a los “primitivos” ubicados en la escala más baja del progreso. De todos modos, la verdadera regeneración será producto del contacto, de la mezcla de sangre y de los logros del Imperio español en América, que permiten celebrar el poder civilizatorio sobre la naturaleza. En la introducción de la guía del museo se hace referencia a lo que acabamos de enunciar:

La *mezcla de sangre*, buscada con cristiano instinto por el español, la protección de los indios; la organización administrativa, judicial, económica y cultural de este gran Imperio, fueron fruto de una regulación jurídica ejemplar por las inmortales Leyes de Indias [...] Lo que Roma llevó a cabo en seis siglos y en torno al Mediterráneo, España lo realizó a miles de leguas de la metrópoli, en los

dos hemisferios: Boreal y Austral, en América y en Oceanía. Estos hechos que han de tener en el nuevo Museo su representación plástica, como se ha dicho anteriormente, apenas si llega a sintetizarse, en unos cuantos aspectos, en el mapa instalado entre las salas B y C, dedicado a la obra de “España en América”. (Fernández Vega, 1944: 63-65. *Cursivas propias*)

Esta argumentación da lugar a un escenario que estructura las salas a partir de la evolución de una secuencia histórica haciendo mención, en primer lugar, al Descubrimiento; en segundo lugar, a la presencia de las culturas indígenas, y por último, a un número importante de héroes de la Conquista y de la colonización. De este modo, se establecen salas dedicadas a Cristóbal Colón, a la denominada madre de América, la reina Isabel, o a las Leyes de Indias, definidas por los funcionarios del museo como una legislación maravillosa que vela por la lengua de los indígenas, establece la creación de núcleos poblacionales y la legislación sobre el trabajo. A su vez, se proponen espacios especiales y destacados para los llamados descubridores y colonizadores y para los científicos y misioneros, considerados los herederos de los objetos materiales en tierras conquistadas. Entre ellos tienen un lugar primordial la expedición de Malaspina, Celestino Mutis, fray Bernardino de Sahagún, las misiones de las reducciones jesuíticas del Paraguay y la labor de los agustinos en Filipinas.

Por lo tanto, se establece una mezcla de objetos, referencias a la naturaleza, materias primas intercambiadas, indios, héroes, madre de América y curas que se congregan para proyectar la imagen del Imperio español y sus logros, basados en la misión universal y espiritual en una América con la que se habían intercambiado sangre e ideas. Con ello se esperaba que los latinoamericanos y filipinos que visitaran España pudiesen encontrar en el museo “su hogar”, y que a su vez sirviera como “lugar de aliento para los españoles” (Fernández Vega, 1944: 5).

Imperio español y “mestizaje”

El éxito del argumento ideológico conservador sobre el Imperio español asociado a la Hispanidad y su exaltación en el Museo de América provino de su vinculación con el análisis sobre el mestizaje realizado por algunos historiadores y antropólogos físicos de la época, que volvieron invisibles e incuestionables las vinculaciones políticas, económicas y sociales que lo hicieron posible. El concepto de mestizaje que se maneja en la antropología española a mediados de la década del cuarenta tiene un fuerte potencial político. Se trata de un concepto completamente atado a la idea de raza y a apelaciones biológicas como la mezcla de sangre, pero con cierto interés por limitar el impacto social de las nociones racistas en las que pueda derivar.

El mencionado Pérez de Barradas, vocal del patronato, centra sus primeras investigaciones en el Instituto Bernardino de Sahagún de Antropología y Arqueología en la “higiene racial”, la cual es puesta al servicio del gobierno franquista para el establecimiento de una “mejora de las raza española” (Sánchez Gómez, 2008). En este contexto, la idea de mestizaje que utiliza Pérez de Barradas desacredita las cualidades de las razas superiores. Sin embargo, poco tiempo después, y tal como afirma en la publicación del libro *Los mestizos de América*, en 1948, la misma se convierte en un importante revitalizador genético y en el motivo de éxito de la Conquista, apoyada en una ideología de la desigualdad moral entre indios y españoles, donde la mezcla entre ellos era producto del acercamiento voluntario de las mujeres con los recién llegados españoles, por considerar que los indios eran malos amantes, borrachos y perezosos (Villarías-Robles, 1998).

En el intento por protegerse de las connotaciones racistas, el concepto fuertemente esencialista del mestizaje evade el estudio del poder, la dominación y todo aquello que podía negar la obra de España en América entendida como un proyecto civilizador y evangelizador. En este sentido, merece especial atención la propuesta teórica de Ballesteros-Gaibrois, que marcó los estudios antropológicos posteriores sobre el tema en España, centrada en el concepto de trasplante cultural, que le permite comprender y explicar lo que denomina el gran proceso de la colonización española, así como darle su justo lugar en la Historia Cultural del Hombre. Este autor parte de considerar que la cultura es creada por un pueblo que tiende al desplazamiento y, efectivamente, se desplaza a tierras ocupadas por otros, en las que se produce una transformación cultural. En este último caso, la cultura sufre un *shock* que la convierte en una nueva cultura, entendida como suma de elementos de la importada y la existente en el lugar de destino.

Los planteamientos de Ballesteros-Gaibrois sobre la colonización entran en diálogo con las pautas teóricas de los antropólogos norteamericanos de principios del siglo XX interesados por la aculturación y los procesos de cambio cultural. Desde la perspectiva del mencionado autor, el verdadero motor del cambio y la transformación cultural lo realizan grupos selectos capaces de transportar una cultura con un elevado grado de madurez generada en las sedes metropolitanas. Este aspecto de la colonización, según el autor, no es suficientemente valorado por los historiadores extranjeros, que centran su atención en razones menores de carácter económico, político o ideológico para analizar sus causas, ocultando de este modo las bondades del trasplante de la cultura, al servicio del proceso cultural universal. Sin dejar de reivindicar el carácter español del proceso colonizador en América, lo considera como una empresa europea, y para ello encontró en los

sucesivos trasplantes culturales europeos, que dejaron la impronta de la “cultura occidental” en el “ser español”, la clave para integrar dicho proceso en las comunidades culturales e intelectuales internacionales.

De esta forma, se menciona que la posesión de América por España fue considerada con absoluta normalidad como tierra española a ser gobernada y administrada bajo el mismo régimen de la Península, y cuyo resultado dio lugar a un proceso de aculturación liderado por España, reflejado en el tipo de gobierno y formas políticas españolas, donde “la justicia era aplicada del mismo modo en uno y otro lado del Mar”; la vida cotidiana, donde “ciudades, fiestas, costumbres, puertos y fortalezas eran españoles”; la economía y su “concepto capitalista y mercantilista de la época”; la vida intelectual, plasmada “sobre los postulados españoles de las Humanidades, las Matemáticas y la Teología”, y el “imperio de la moral católica”. A su vez, siguiendo el modelo antropológico que veía en la cultura material el principal signo de aculturación, destaca lo que considera el mejor reflejo de la llamada “aculturación española”: la arquitectura colonial (Ballesteros-Gaibrois, 1954: 123-125).

Si bien existe una clara adecuación a los planteamientos realizados por los antropólogos norteamericanos de la aculturación, cuando intenta explicar el mestizaje entre indios y españoles se revelan ciertas ambigüedades conceptuales y políticas:

[...] masas importantes de pobladores –es emocionante leer en las relaciones de Indias la frecuencia con que se nombraba la palabra “poblar”– que en virtud de una gran liberalidad racial, muy pronto se mestizan, se mezclan con los aborígenes, dando lugar a la aparición de formas humanas nuevas, mitad indias, mitad españolas. (Ballesteros-Gaibrois 1954: 123)

Esta posición que asocia poblar con colonizar está en consonancia con los primeros escritos políticos de Ballesteros-Gaibrois en la revista falangista *Jerarquía*, durante la década del treinta, donde contraponen la negatividad de las compañías de indias, las factorías y la explotación “sin alma” a las “bondades” de la penetración cultural, la educación de las razas aborígenes y la evangelización del Imperio español. El dominio romano en España es lo que habría propiciado el sentido imperial de los españoles, reflejado en las “Leyes de Indias” y “el profundo sentido de lo colonial en sus ansias de poblar” (Duplá Ansuategui, 2012: 834).

El concepto *mestizaje/trasplante cultural* aboga por una unidad biocultural, a través de la pertenencia a una misma comunidad de suelo, sangre, raza y tradición cultural. Dicho concepto se convierte en tremendamente atractivo para definir la “unidad cultural hispana” y silenciar las diferencias regionales, lingüísticas, de clase y de raza. Esta perspectiva científica resolvía el dilema

político e intelectual de la pertenencia a una “comunidad” con los pueblos latinoamericanos que se ve reflejada en el museo, exponiendo y conservando los objetos materiales de unos “otros” que pertenecen a unas culturas que se suponían “salvajes” y “exóticas”, lejanas en el espacio y en el tiempo, pero que, al ser integradas (mezcladas) en el mundo “civilizado”, hacen posible su regeneración.

CONCLUSIONES

En este trabajo nos planteamos la necesidad de mostrar el contexto de producción de gran parte del aparato conceptual e ideológico desarrollado por un grupo de historiadores y antropólogos durante la primera etapa de la dictadura franquista que tuvieron una fuerte influencia sobre la sociedad de dicha época. En él destacamos los aspectos centrales del modelo conceptual sobre la denominada obra de España en América, que dio lugar a argumentos teóricos que protegieron la historia y la antropología de hablar de dominación y explotación. Uno de esos argumentos enfatiza el papel de la mezcla o el mestizaje en el surgimiento de una cultura común con los “pueblos hispanoamericanos” basada en una unidad biocultural, producto de la bondad del encuentro entre los nativos y el pueblo español. Estos conceptos probarán su utilidad al conectar con los postulados ideológicos conservadores sobre la Hispanidad, utilizados por el franquismo en el marco de sus políticas culturales para enfatizar la misión civilizadora e imperial de España, encarnada en los valores cristianos y en la invocación a la “hermandad con los pueblos hispanoamericanos”. Todo el potencial de este modelo ideológico-conceptual, que articula intereses políticos y académicos, fue intensificado a través de las prácticas y los discursos desplegados en la creación y puesta en marcha del Museo de América.

La presencia de diversos actores en torno a la organización de este museo, necesitados de posicionarse durante la dictadura en el nuevo escenario político y académico, nos lleva a observar dos momentos de intersección entre historia, antropología y gobierno dictatorial. Por un lado, en la propuesta organizativa del museo que realiza Ballesteros-Gaibrois. En ella introduce, desde una visión integral e interdisciplinar (arqueológica, histórica y etnológica), la necesidad de consolidar la presencia de un saber científico sobre la “alteridad radical” (Peirano, 1999), siguiendo la estela de los museos europeos de la época. Este saber se relaciona, fundamentalmente, con el estudio de las colecciones etnológicas y arqueológicas provenientes de las excolonias y su proyección a través de una labor educativa y pedagógica. Para ello es necesario hacer pasar sus propios intereses académicos como parte de la acción del gobierno destinada a reforzar los principios de la Hispanidad. Por otro lado, también observamos la articulación mencionada en la inauguración

y organización del museo a cargo del cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. En este caso, dichos funcionarios y especialistas en colecciones americanas se encargaron de demostrar que sus acciones no eran independientes de las intenciones propagandísticas del Gobierno, por lo que no escatimaron esfuerzos para proponer la exaltación de la mezcla de sangre y de los llamados héroes de la Conquista y la colonización, a fin de proyectar la imagen de un Imperio español en América. Para ello fue necesario hacer uso de un lenguaje académico y profesional que no era ajeno a las contiendas políticas de la época (mestizaje). De esta forma, se diseñó un espacio socialmente instituido en el que no sólo se intentó determinar diversas maneras de hacer historia o antropología vinculada a las prácticas museísticas, sino evidenciar discursos identitarios, a fin de educar y fortalecer “conciencias”

En la actualidad, algunos trabajos (Oleaga, Bohoslavsky y Di Liscia, 2011; Villareal, Betrisey y Souto, 2014) nos muestran que este modelo tradicional de entender y pensar el Museo de América durante la primera parte del franquismo, que representa la cristalización de la identidad imperial de España, se profundizó o adquirió adaptaciones contradictorias en diferentes contextos sociopolíticos para justificar prácticas y posicionamientos nuevos de profesionales y académicos. Como diría Wolf (2004: 30): “Si, como escribió Marx, ‘la tradición de todas las generaciones muertas pesa como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos’ esto se aplica tanto a los antropólogos como a la gente que ellos estudian”. Por lo tanto, aunque en el Museo de América, en las últimas décadas, antropólogos e historiadores no celebren los orígenes mezclados con propósitos políticos, demanda atención y explicación por qué muchas de sus prácticas y muchos de sus discursos permanecen presos en sus orígenes, anulando y silenciando un pasado de encuentros de superposición cultural impuesto por la fuerza que, de ser evidenciado, posiblemente cuestionaría la base sobre la que se construye gran parte de la historicidad de la sociedad española. ✱

REFERENCIAS

1. Alcina Franch, José. 1994. Americanismo español: años treinta. *Anthropos* 162 y 163, pp. 32-35.
2. Castillejo Cambra, Emilio. 2014. Los intelectuales, mediadores del curriculum de Historia (1936-1975). En *Los intelectuales y la dictadura franquista*, eds. Antonio Altarriba, Rubén Pallol Trigueros, Ricardo Campos, Francisco Gracia Alonso, Serge Buj, Román Gubern, Emilio Castillejo Cambra, pp. 109-143. Madrid, Editorial Pablo Iglesias.
3. Baldó Lacomba, Marc. 2008. La historiografía franquista. En *Historiografía española 1975-2005*, eds. Beatriz Rojas y Ernest Sánchez Santiró, pp. 15-51. México, Instituto Mora.
4. Ballesteros-Beretta, Antonio. 1940. Proemio, *Revista de Indias* 1, pp. 5-8.
5. Ballesteros-Gaibrois, Manuel. 1954. El trasplante cultural de Europa a América. *Separata de Trabajo y Conferencia* 4, pp. 124-125.
6. Ballesteros-Gaibrois, Manuel. 1941a. *Museología Española*. Madrid, Del Patronato del Museo de América.
7. Ballesteros-Gaibrois, Manuel. 1941b. "Museología Española". *Revista de Indias* 5, pp. 65-81.
8. Ballesteros-Gaibrois, Manuel. 1936. De re museológica. El Museo Etnográfico del Trocadero. *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos* III, Madrid.
9. *Boletín Oficial del Estado*. 1944. 4 de agosto. Ministerio de la Presidencia. Gobierno de España.
10. *Boletín Oficial del Estado*. 1941a, 1 de mayo. Ministerio de la Presidencia. Gobierno de España.
11. *Boletín Oficial del Estado*. 1941b, 8 de mayo. Ministerio de la Presidencia. Gobierno de España.
12. Casanova Ruiz, Julián. 2015. *40 años con Franco*. Madrid, Crítica.
13. Cañellas Mas, Antonio. 2013. Rodríguez Casado: las implicaciones políticas del americanismo científico de posguerra. En *Cruzados de Franco. Propaganda y diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, coord. Antonio César Moreno Cantano, pp. 271-301. Asturias, Ediciones Trea.
14. Crónicas del Mundo Hispánico. 1944. *Revista de Indias* 5, pp. 559-570.
15. Cubas, Carmen Rosa, Valentín, Nuria, Juanes Prieto y Juan Francisco Román Rodríguez. 1994. Historiadores españoles exiliados en América. *Boletín Millares Carlo* 13, pp. 339-344.
16. De Maeztu, Ramiro. 1934. *Defensa de la Hispanidad*. Madrid, Cultura Española.
17. Del Arenal, Celestino. 1994. *Política exterior de España hacia Iberoamérica*. Madrid, Editorial Complutense.
18. Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo. 1988. *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica 1939-1953*. Monografía. Madrid, Centro de Estudios Históricos.
19. Diario ABC. 1944. Solemne inauguración del Museo de América, viernes 14 de julio.
20. Diéguez Patao, Sofía. 1992. La ciudad Universitaria de Madrid y el ideal panhispánico. *Espacio, Tiempo y Forma* VII, Historia del Arte 5, pp. 467-490.
21. Duplá Ansuategui, Antonio. 2012. La revista falangista *Jerarquía* y el modelo imperial romano. *Vasconia* 38, pp. 813-837.
22. Facultad de Filosofía y Letras. 1935. Programa de los cursos del año académico de 1935-1936. Universidad Central de Madrid.
23. Fernández Vega, Pilar. 1944. *Museo de América*. Madrid, Ed. Blass.

24. Moradiellos Enrique. 2000. *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*. Madrid, Síntesis.
25. Oleaga Marisa, Ernesto Bohoslavsky y María Silvia Di Liscia. 2011. Entre el desafío y el signo. Identidad y diferencia en el Museo de América de Madrid. *Revista Alteridades* 21 (41), pp. 113-127.
26. Pallol Trigueros Rubén. 2014. *Los intelectuales y la dictadura franquista. Cultura y poder en España de 1939 a 1975*. Madrid, Editorial Pablo Iglesias.
27. Pasamar Alzuria Gonzalo e Ignacio Martín Peiró. 2002. *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*. Madrid, Akal.
28. Pasamar Alzuria Gonzalo e Ignacio Martín Peiró. 1981. *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza.
29. Peirano, Mariza. 1999. A alteridade em contexto: Antropologia como ciência social no Brasil. *Serie Antropologia* 255, pp. 1-35.
30. Sánchez Gómez, Luis. 2008. Antropologías para después de una guerra. Plenitud y declive de la obra antropológica de Pérez de Barradas (1939-1952). En *Arqueología, América, Antropología, José Pérez de Barradas 1897-1981*, V.V. A.A., pp. 399-431. Madrid, Museo de los Orígenes - Casa de San Isidro.
31. Sánchez Gómez, Luis. 1992. La antropología al servicio del Estado: el Instituto "Bernardino de Sahagún" del CSIC (1941-1970). *Revista Dialectología y Tradiciones Populares* 47, pp. 29-44.
32. Torreblanca Agustín. 2008. *El desarrollo histórico e institucional del Cuerpo Facultativo. Período Franquista*. Jornadas 150 aniversario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Madrid, 10 al 11 de noviembre.
33. Trouillot, Michel-Rolph. 2003. *Global Transformations: Anthropology and the Modern World*. Nueva York, Palgrave Macmillan.
34. Tusell Javier. 1998. *Historia de España en el siglo XX*. Tomo III, *La Dictadura de Franco*. Madrid, Taurus.
35. Vélez Jiménez, Palmira. 2007. *La historiografía americana en España 1755-1935*. Madrid, Iberoamericana.
36. Villareal, María del Carmen, Débora Betrisey y Luisa Souto. 2014. Poblaciones indígenas y diversidad cultural en el Museo de América. *Baukara* 6, pp. 67-84.
37. Villarias-Robles, Juan. 1998. La antropología americanista y la identidad nacional. El debate entre Juan Comas y José Pérez de Barradas (1949-1953). *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 53 (1), pp. 235-258.
38. Vugman, Laura. 2000. Entre lo efímero y permanente. El Museo en la Feria de Chicago de 1893. *Cuadernos de Antropología Social* 11, pp. 65-82.